





QUÉ PASA CUANDO UN HOMBRE  
CAE DEL CIELO

*Tour de force, 29*



Lesley Nneka Arimah

# Qué pasa cuando un hombre cae del cielo

Traducción de Maia Figueroa Evans

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *What It Means When A Man Falls From The Sky*  
Copyright © 2017 by Lesley Nneka Arimah

© de la traducción: 2020 Maia Figueroa Evans  
Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2020 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163  
08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: febrero de 2020

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: © iStock.com/Annykos

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-120920-4-2  
Depósito legal: B-5.305-2020

*Printed in Spain*

*Para mi padre.  
Gracias por contarme tus historias.*





## Un futuro halagüeño

Ezinma intenta meter la llave en la cerradura y no ve lo que tiene detrás: a su padre, de niño, cuando aún estaba tierno, compitiendo por el afecto de su madre. La madre de su padre, en los huesos de tanto trabajar para mujeres en cuyas casas quitaba el polvo y hacía la colada y a cuyos hijos limpiaba el culo, en los huesos de tanto trabajar para el marido que quería muchos hijos varones y también para los hombres a los que recibía para dárselos; esa mujer cría a su hijo hasta su decimotercer año con la indiferencia de una enfermera y muere en la cama con un largo suspiro de agotamiento.

La madrastra le tiene al niño el mismo aprecio que a un perro callejero al que reconoce de tanto verlo, pero al que no dejará pasar por nada del mundo. Bailan el uno alrededor del otro: el niño avanza con sus carencias, un, dos, tres, un, dos, tres, y la mujer lo esquivo con una pirueta. Se crio siendo la mayor de demasiados hermanos y sabe que las necesidades de un niño tienen la capacidad de sofocar los sueños de una joven. El niño solo ve la espalda vuelta, el rechazo, y el padre no hace caso de nada, cegado por la alegría de los viejos cuya esposa aún está fresca entre las piernas. A esa no la compartirá. Y cuando el niño tiene quince años y un día vuelve del mercado y en la puerta de casa encuentra dos

bolsas de plástico con sus posesiones, ni siquiera llama a la puerta para preguntar por qué o adónde se supone que tiene que ir, sino que se va a una casa que abandonaron a medio construir donde viven otros chicos desmadrados, donde le robarán sus dos mejores camisas y aprenderá a llevar el dinero siempre encima. Pide limosna, hace de chata-rrero, roba, y lo tercero le sale tan natural que se convierte en su salida. Empieza con poco: robando carteras y productos de los puestos peor vigilados del mercado. Aprende a abrir cerrojos, a hacer el puente a los coches, a refinar sus juegos de manos.

Cumplidos los veintiuno, estalla la guerra y, mientras la gente sale a las calles a gritar: «¡Biafra! ¡Biafra!», él acopia provisiones. Cuando empieza la penuria, hace fortuna. Cuando la comida escasea, saquea granjas en mitad de la noche, que es como conoce a su esposa y el porqué de que Ezinma, mientras intenta meter la llave en el cerrojo, no vea lo que tiene detrás: a su madre, que a la edad de veintiún años no era guapa, pero tenía el aspecto fresco de las personas que nunca han pasado hambre.

La madre de Ezinma es una chica atrevida que coge más de lo que le ofrecen. Es 1966, meses antes de que todo cambie, está en la fiesta que han organizado unos amigos de sus padres y allí hay un hombre de piel amarilla como la de un mango, mandíbula cuadrada y cuerpo como la estatua de David, un hombre rico. Las solteras se arman hasta los dientes (sonrisa encantadora, escote voluptuoso, personalidad complaciente) y se declaran la guerra por él. Cuando ella se alza con la victoria, se lo toma como si el mundo se lo debiera.

Cuando llevan casi un año de cortejo, llega la guerra. La familia de ella es leal a Biafra, la de él opina que Ojukwu

es un necio. La noche de la fiesta de compromiso solo se presentan los parientes de la novia. Y cuando al día siguiente ella va a casa del novio, descubre que ha salido del país.

La familia de ella pronto se ve obligada a salir de la ciudad, a hacer trueques con lo que han podido cargar a cuestas, casi a mendigar, y por primera vez en su vida hay tan poca comida que por las noches ella entra a hurtadillas en las granjas y recolecta mazorcas de maíz verdes. Al cocerlas quedan tan tiernas que se come hasta el corazón fibroso y las hojas. Una noche encuentra una granja pequeña a resguardo de una loma y allí topa con un hombre que ha robado los ñames frescos que habrían sido suyos. No hay nada que hacer: él está bien alimentado y es fuerte, y aunque ella intentase dar la alarma por despecho, él conseguiría hacerla callar. Sin embargo, el hombre se lleva un dedo a los labios y le entrega un ñame. Siendo ella quien es, le hace señas pidiendo dos más. Él le da otro y se escabulle. A la noche siguiente, cuando ella regresa a la granja, él está esperando. Se sienta a su lado, y juntos escuchan a los grillos y la respiración del otro. Cuando él la rodea con el brazo, ella se apoya en él y llora por primera vez desde la fiesta de compromiso de hace tantos meses. Él le pone un ñame en el regazo, y ella se ríe. Y cuando él le coge la mano, piensa: «Valgo tres ñames.»

La joven tendrá dos hijas. A la primera la llama Biafra por fastidiar, como queriendo decir: «Mira, madre, pon tus esperanzas en otra cosa frágil.» A la segunda le pone el nombre de su propia madre, que ha muerto sin saber que su hija la ha perdonado por escoger el bando perdedor y ha llamado Ezinma a su hija pequeña, que intenta meter la llave en la cerradura y no ve lo que tiene detrás: a su hermana, a quien todos llaman Bibi, porque ¿qué tontería es esa de llamar a una niña como un país que no existe?

Bibi, que es tan bonita como no lo ha sido su madre. Bibi, tozuda como su madre siempre ha sido. Se pelean desde que estaba en el útero: le pesaba tanto en la cervix que un ligero trote habría bastado para hacerla salir. Confinada en su cama, la madre de Bibi se resintió con ella y le hervía la sangre de tal modo que la niña debería habersele cocido dentro. Tres años después, Ezinma, que era bonita, pero de ese modo manejable que no ofende a nadie. Es un fantasma de Bibi, más pálida de piel y de personalidad, pero es encantadora como sabe ser Bibi cuando quiere algo. Bibi la odia. No, Ezinma no puede jugar con sus juguetes; no, Ezinma no puede ir con ella y sus amigas al colegio; no, Ezinma no puede pedirle una compresa, que se haga una con papel higiénico y se aguante. Ezinma crece anhelando el afecto de su hermana.

Cuando Bibi tiene veintiún años y a sus padres les cuesta esfuerzo pagarle la matrícula de la universidad, Bibi conoce a Godwin, de piel amarilla y mandíbula cuadrada como su padre, y se enamora. Se enamora más aún cuando su madre le advierte que se aleje de él. Y cuando su madre insiste y le dice: «Tú no sabes cómo son los de su familia, pero yo sí», Bibi le responde: «Lo que pasa es que te fastidia que mi hombre sea mejor que el tuyo», y su madre le da una bofetada y con eso se acaba la conversación. Ezinma les hace de correveidile, un trabajo para el que la han reclutado a la fuerza desde que era pequeña; así Bibi está al tanto de las novedades de la familia a pesar de que su madre exige que Ezinma la repudie.

Godwin se gana el pan mejor que el padre de Bibi, que ahora es un comerciante modesto. Alquila un piso para ella. Le presta un coche. La ciega con una constelación de regalos y cosas que nunca ha tenido, como dinero y orgasmos. El día que Bibi menciona el matrimonio, él se marcha,

y ella no sabe nada de él durante doce días. Doce días que ponen de riguroso relieve el contenido de su cuenta bancaria; doce días durante los cuales ella vive en un piso a nombre de él, conduce un coche que también está a nombre de él y se pregunta cuán valioso será ese apellido para que no se lo quiera dar. Y cuando él por fin vuelve y se la encuentra haciendo las maletas, la agarra del pelo y estira y le grita que hasta eso es suyo, y ella cae en la cuenta, por el puñetazo que le cae, de que quizá su madre tuviera razón.

No es un reencuentro tierno. Bibi casi no puede abrir el ojo derecho de la hinchazón y su madre se niega a abrir la boca, y ninguna de las dos se mira ni dice nada. El padre, que nunca ha podido con la tensión que hay entre ambas porque le trae a la memoria su niñez turbulenta, le da un apretón en el hombro a Bibi y se marcha, y es esa ligera presión lo que hace que se le salten las lágrimas. No tarda en sollozar, y su madre continúa impasible, pero vuelve la cara para que nadie vea que tiene las mejillas mojadas. Ezinma se lleva a Bibi al baño, el que han compartido y por el que se han peleado desde que saben hablar. La sienta en la tapa del váter y le limpia las magulladuras. Cuando acaba, Bibi sigue teniendo un aspecto horrible. Cuando se levanta a mirarse, el espejo las refleja a ambas.

—Estoy horrible —dice Bibi.

—Es verdad —contesta Ezinma.

Y enseguida se ríen y al verse reflejadas se dan cuenta por primera vez de que tienen sonrisas idénticas. ¿Cómo han tardado tanto en verlo? Ninguna de las dos lo sabe. A Bibi le preocupan las cosas que ha dejado en el apartamento. Ezinma le dice que no se preocupe, que ella irá a buscarlas.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? —pregunta Bibi.

—Por costumbre —responde Ezinma.